



ESPECIAL - 20 DE MAYO

Publicado el domingo, 20 de mayo de 2001 en El Nuevo Herald

Reflexiones en torno a la enmienda Platt

Marifeli Pérez-Stable



La primera Constitución republicana se promulgó en 1901. Al fin se

teaba una Cuba independiente, si bien acotada por la Enmienda Platt: Estados Unidos la había impuesto como condición a la retirada de sus tropas. La Asamblea Constituyente aprobó la



enmienda dos veces. La primera -a fines de mayo- fue por un voto de 15 a 14 (dos abstenciones) tomado luego de amplios debates y en base a una lectura menos restrictiva de la soberanía nacional. Se necesitaba, claro está, el beneplácito de Washington y allí viajó una delegación con la esperanza de obtenerlo. Pero no lo logró y, a mediados de junio, la Asamblea votó por segunda vez -16 a 11 (cuatro abstenciones)- a favor. Ante la tajante negativa de la Administración de McKinley a matizar ni un ápice la letra estricta del derecho a la intervención que reclamaba, primó el pragmatismo de los constituyentes: una independencia a medias era preferible a la alternativa de posponerla indefinidamente. En 1934, Franklin Delano Roosevelt abrogaría la Enmienda Platt.

Casi siete décadas después, los cubanos no hemos rebasado el trauma que representó para nosotros y así es porque aún no hemos conseguido normalizar nuestras relaciones con los Estados Unidos, el país que la geografía nos puso de vecino. Consustancial al emerger de las grandes potencias es el hecho de que son sus propios intereses -y no los de sus vecinos más

débiles- los que rigen su política. Invariablemente la contigüidad produce todo tipo de choques que casi nunca redundan para bien de los menos poderosos. La cuestión clave es cómo alcanzar una convivencia que acople los intereses de los últimos sin alterar los de los primeros. Es lo que ha alcanzado la Europa Central, víctima de los designios imperiales de Alemania y Rusia y ahora, por primera vez, relativamente sosegada y libre. Algo similar consiguió México después de 1940 en relación con Estados Unidos: más de un siglo de crispaciones nacionalistas se fueron distendiendo y hoy prima una normalidad de respeto, reconocimiento y beneficios mutuos. A la larga, normalidad y sosiego también marcarán las relaciones entre Cuba y Estados Unidos. Una mejor comprensión de nuestra historia ayudaría a señalar el camino de ese reencuentro indeludible.

El quid de nuestra problemática es que surgimos como nación a la sombra de unos Estados Unidos decididos a ejercer su hegemonía en las Américas y que, asimismo, eran portadores de la más avanzada modernidad. Nuestra identidad se coció entre imperios: del Norte buscábamos el progreso y la democracia, de España nutríamos nuestra cultura. Al ultrajante statu quo colonial, los cubanos del siglo XIX propusieron tres alternativas patrióticas: la anexión a Estados Unidos, la autonomía bajo España y la independencia. La fundación de la República en 1902 concluyó los vaivenes en torno al status de Cuba, si bien la Enmienda Platt abrió un nuevo ciclo de inconstancia respecto a la soberanía.

A lo largo del siglo XIX fue germinando una idea de Cuba difícilmente compatible con unos Estados Unidos en ciernes como gran potencia y que, naturalmente, consideraba a la isla sólo en función de la geopolítica. Cuba, un pequeño país, le buscaba una salida al despotismo español mediante propuestas que entrañaban expectativas de equidad: el anexionismo pretendía la estatidad, hombro con hombro con los otros estados; la autonomía le reclamaba a Madrid el mismo trato que las provincias peninsulares; y el independentismo, sobre todo a la luz de José Martí, proyectaba una Cuba libre, plenamente soberana. El nacionalismo cubano todavía sangraba por las heridas infligidas por la altanería con que sus expectativas de igualdad fueron despreciadas. La Enmienda Platt fue la encarnación más flagrante de ese desprecio.

Enmienda aparte, el hecho es que la paridad esperada por Cuba iba a contracorriente del mundo finisecular. Después de la Guerra de Secesión, el interés estadounidense por anexar a la isla disminuyó, aunque todavía se escuchaban reclamos anexionistas en la década de los noventa. Para entonces, lo principal para los Estados Unidos era su hegemonía en el Caribe

y el eje de ésta una Cuba ordenada y estable. El protectorado plattista era una fórmula más acorde con el objetivo de mantener a la isla en su sitio. ¿Qué decir de la autonomía? España se aferró -también a contracorriente- en retener a Cuba como plaza sitiada y expoliarla insolentemente de su riqueza. El empeño - medurado, inteligente y democrático - de los que apostaron por la razón y por la ley fue burlado por un poder que no podía ni quería ser otra cosa que tiránico y absoluto.

Al estallar la Guerra del 1895, la independencia era ya la opción de la mayoría de los cubanos. Entre los independentistas, sin embargo, coexistían distintas perspectivas. El movimiento era una coalición de tabacaleros y burgueses, blancos, negros y mulatos, civiles y militares, veteranos y pinos nuevos, ex anexionistas, ex autonomistas e independentistas, isla y exilio. Las circunstancias y el liderazgo singular de Martí coadyuvaron a la concertación de tan variados intereses para hacer la guerra. Esa heterogénea convivencia, no obstante, no se refleja en la visión de Cuba libre que prevaleció en nuestro imaginario nacional. El ideal martiano fue el imprimatur de una república absolutamente independiente, con todos y para bien de todos, que apoyara el desarrollo libre y no monopolista de la economía nacional, que favoreciera la libertad comercial y la apertura al capital extranjero no especulativo, que se fundara sobre cimientos netamente civiles y ahuyentara el mal del caudillismo, que respetara las libertades plenamente y garantizara el sufragio universal.

¿Qué posibilidades le ofrecía la década de los noventa del XIX a la república martiana? Muy pocas. La economía insular estaba depauperada por el saqueo español y las guerras de independencia. El azúcar había dejado de ser mayormente cubano y dependía cada vez más de capitales extranjeros nada ajenos al monopolio y a la especulación. Estados Unidos era ya el primer socio comercial de Cuba. La guerra, la reconcentración weyleriana y la tea mambisa impusieron pérdidas humanas y materiales elevadísimas. En 1898, el capital estadounidense era el único disponible para la reconstrucción económica. Asimismo, el movimiento independentista no parecía ser el portal de la Cuba libre que Martí soñó. Las diferencias entre civiles y militares eran profundas: por ejemplo, respecto a la guerra, los primeros buscaban mantener al mínimo los daños a la propiedad; los segundos estaban dispuestos a arrasar a Cuba con tal de vencer a los españoles. Los generales mambises eran y siguieron siendo caudillos de corte latinoamericano. El liderazgo civil tendía a ser conservador, imperioso y escéptico de la igualdad ciudadana entre las razas. Incluso si Martí hubiera sobrevivido, las enrevesadas tareas de hacer la paz ya auguraban el desmembramiento de la alianza independentista.

Hacia fines de 1897, sí hubo un consenso relativo: aceptar la intervención de Estados Unidos a fin de concluir la guerra lo antes posible.

Volvamos a la Enmienda Platt. Efectivamente fue una humillación, empero, sólo obviando el complicado entramado de fines del siglo XIX, podemos considerarla la cortapisa principal de nuestra soberanía. En aquel momento, las fronteras entre las distintas posiciones eran mucho más fluídas de lo que la retrospectión reconoce: recordemos que casi todos los que votaron dos veces a favor de la enmienda eran independentistas. ¿Realismo político? Sin duda, pero no pocos de los próceres - constituyentes o no- también temían por el orden y la estabilidad de Cuba y, aunque hubieran preferido una alternativa menos impositiva, no eludían una relación especial con Washington.

No es fácil rebasar el trauma que nos ocasionó la notoria enmienda: para empezar, tendríamos que desprendernos de la lectura maniquea de nuestra historia y asumir la cuota de responsabilidad que por su decursar tenemos los cubanos.

La autora es profesora en la Florida International University.



Contactos
Copyright 2001 El Nuevo Herald